

Robertson Davies

El quinto en discordia

Prólogo de Valentí Puig

Traducción de Natalia Cervera

Libros del Asteroide 

Primera edició, 2006
Títol original: *Fifth Business*

Queda rigurosament prohibida, sin la autorització escrita de los titulars del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

© *Copyright, Robertson Davies 1970*

© de la traducció: Natalia Cervera de la Torre, 2006
© del prólogo: Valentí Puig, 2006
© de esta edició: Libros del Asteroide S.L.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.
Santa Magdalena Sofía, 4
08034 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 84-934315-6-7
Depósito legal: B 317-2006
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 10,5.

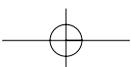
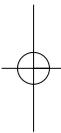
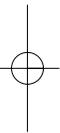
La traducció de esta obra ha recibido una ayuda del Canada Council for the Arts.



Canada Council
for the Arts

Conseil des Arts
du Canada

Prólogo



Robertson Davies y el viejo destino

Al morir Robertson Davies en 1995 sus lectores se preguntaban si no haber sido nunca un best-séller mundial pudiera deberse a que se comportó siempre como un escritor de civilización, algo que no es exactamente lo mismo que tener un buen sastre, saber usar cualquier elemento de cubertería o ceder el paso a las damas en la hora final del Titanic. En realidad, algunas de sus novelas fueron traducidas al español, pero sin convocar el fervor de las masas ni el entusiasmo de los críticos que todavía leen. Robertson Davies hizo decir a uno de sus personajes que Rabelais era maravillosamente culto porque el saber le divertía, y ésa es la mejor justificación del saber; no la única, sino la mejor. Al leer novelas como *El quinto en discordia* uno reencuentra la figura del escritor civilizado, divertido, cerebral —en sentido del todo opuesto al autismo intelectualista—, glorioso ejemplo del cruce entre lo británico y lo canadiense, vástago elegante de los mejores días de la Commonwealth, hoy asaltada por prosistas jamaicanos, realistas mágicos pakistaníes y bardos centroafricanos. Así concluye su última novela, *Un hombre astuto*: «No, éste es el Gran Teatro de la Vida. La entrada es gratuita, pero el tributo es mortal. Usted viene cuando quiera y se va cuando debe. La sesión es continua. Buenas noches». Davies es, en el sentido más excelente, un escritor patricio.

Con *El quinto en discordia* (1970) Davies inició su *Trilogía Deptford* completada con *La Manticora* (1972) y *Mundo Prodi-*

X PRÓLOGO

gioso (1975). La trilogía se publicó en los años ochenta en Argentina, y Libros del Asteroide la recupera ahora con nuevas traducciones. Ya era un escritor en plena madurez, ágil, melancólico, sutilmente victoriano. Esa era su segunda trilogía, después de *La Trilogía Salterton*. La tercera iba a ser la *Trilogía Cornish*, iniciada a los seis años de concluir su *Trilogía Deptford*, que arranca en 1981 con *Ángeles rebeldes* (1981), seguida de *La memoria de la sangre* (1985) y *La lira de Orfeo* (1988). Fue un despliegue de vitalidad intelectual adiestrada en la sutileza y en dilemas morales que seguirán acuciándonos a pesar de que pasemos por una época de *piercing* y de todo a cien. Davies tenía *in mente* una cuarta trilogía, pero solo logró escribir las dos primeras partes, *Asesinatos y ánimas en pena* (1991) y *Un hombre astuto* (1994), únicos títulos publicados hasta la fecha en España. Los volúmenes de sus columnas en la prensa canadiense, con el seudónimo Samuel Marchbanks son una delicia total. Davies es el gran novelista del Canadá y a la vez uno de los últimos *men of letters*. Anchos estratos de humor parecen querer disimular la densidad moral de Robertson Davies, como si se negase a asumir la trascendencia del escribir; haber estudiado en Oxford y una desenvoltura intelectual máxima le ahorran a Robertson Davies competir con el teólogo y el filósofo — desde luego, en las antípodas del ideólogo — pero se afana por revelarnos la importancia del espíritu.

Primera parte de la *Trilogía Deptford*, *El quinto en discordia* explora las líneas de penumbra entre destino y accidente. Una bola de nieve lanzada a los diez años tendrá consecuencias para el protagonista Dunstan Ramsay y para toda la pequeña comunidad de Deptford, en tierras de Ontario, como un regreso de Davies al paisaje natal en el que le inscriben un padre galés — senador y editor de periódicos — y una madre presbiteriana. Deptford es de hondas raíces presbiterianas: la condenación sombría y predestinada. Aquella bola de nieve que contra Ramstay lanzaba su amigo Staunton va a parar a la señora Dempster y le provoca un parto prematuro cuya consecuencia será Paul Dempster, nacido con unas deficiencias que agrandan trágicamente la trayectoria de la bola

de nieve. La existencia de Ramsay predomina en *El quinto en discordia*, Stauton toma el relevo en *La Mantícora*, con un poso permanente de arquetipos junguianos, mientras que en la tercera parte de la trilogía, *Mundo Prodigioso*, protagonizada por Paul Dempster, llegamos a un mágico *gran finale*. Al valorar la trama conjunta de la *Trilogía Deptford* algún crítico ha buscado parangones en *Rashomon* de Akutagava y otros de sus relatos poliédricos.

El quinto en discordia prosigue con la vida de Ramsay. Primera guerra mundial en los confusos lodazales de Flandes: héroe —Cruz Victoria— en el episodio de Passchendaele. Una pierna artificial y un bastón: regreso triunfal a Deptford. Años de universidad: luego, *vieux garçon*, vida académica y una pasión por la hagiografía, en busca de un icono que se le apareciera en el fragor de la guerra. Mientras, Staunton es un hombre de poder y a la vez vulnerable por secretos que se remontan a la adolescencia en Deptford. Culpa y condenación en pugna con el libre albedrío de los individuos: como decía Davies, la religión es uno de los principales modos por los que el hombre ha intentado explorar su destino. «Esa es una de las crueldades del teatro de la vida: todos nos creemos estrellas, y rara vez advertimos que en ciertos casos no somos más que actores de reparto, o incluso supernumerarios». Somos más bien *El quinto en discordia*.

Errado casi siempre en sus augurios económicos, no por eso John Kenneth Galbraith carece de un buen olfato literario. Es una pena que su dietario como embajador de los Estados Unidos en Nueva Delhi —*Diario de un embajador* (1969)— se lea más como pieza política que como *delicatessen* literaria. Notorio admirador de las novelas de Robertson Davies, les veía una cierta cualidad muy siglo XIX en combinación con una imaginación teatral. Davies fue actor en su juventud y aunque probó suerte en Broadway no tuvo éxito como autor teatral. Acrecentaba su hondura psicológica con una complicidad constante con el mundo de Jung, al igual que otro escritor de cada vez más olvidado, Laurens van der Post. Francis Cornish, personaje central de su tercera trilogía es un maestro del engaño que acaba por creer en el arte como significación radical de la apariencia.

XII PRÓLOGO

Virtuoso del vodevil intelectual y ostentoso excéntrico vital, Davies nació en Ontario (Canadá) y cruzó el Atlántico para estudiar en Oxford. Trabajó en el legendario Old Vic Theater de Londres antes de regresar al Canadá casado con una actriz, estrenarse como novelista, triunfar como columnista y tener una alta posición académica al arrimarse a la hora de la vejez. Estuvo a punto de obtener el Premio Nobel en 1992. Tampoco tuvo éxito en Gran Bretaña. Fue desde pronto el escritor *senior* de Canadá, augur de una tradición breve, especialmente intrigada por lo que significa ser canadiense. Davies representó todo lo que parece estar en las antípodas de un Canadá filisteo y provinciano. Significativamente, pasó del rigor presbiteriano a la liturgia anglicana.

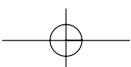
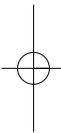
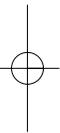
En *Ángeles rebeldes* cuenta cómo en el neogótico colegio universitario de San Juan y el Espíritu Santo —que podría ser escenario de una nueva disputa nominalista— acontecen dos prodigios: regresa el hijo pródigo Parlabane y el legado Cornish provoca aludes de codicia. En sus propias palabras, Davies era un moralista en el sentido de que existen pautas del comportamiento humano que son inexorables: son arquetipos de conducta, sin que se diga que son buenos o malos. Sus novelas abundan en un *tempo* que es alegre *ma non troppo*. Como en el caso de *La memoria de la sangre*, hoy por hoy podrá extrañar que un novelista quiera perder el tiempo contando una vida de cabo a rabo, de la infancia a la decepción amorosa. Con fe en el fraude como elevada forma de arte, Cornish pintará una obra maestra —«Las bodas de Canaán»— para engaño de todos. Guerra y paz, gloria y muerte: todo le llega a Cornish mientras —como dice su demonio tutelar— las metáforas de Saturno, el decidido, y Mercurio, el tramposo, estaban plasmando toda su vida.

Robertson Davies demostró sobradamente que siendo fiel a los modos tradicionales de la novela cualquier día iba a parecer moderno. Entre escritores no es muy frecuente que envejecer —como le ocurría a Davies— llegue a ser una aventura. Lo prueban sus dos últimas novelas. En *Asesinato y ánimas en pena* y *Un hombre astuto*, el novelista jungiano, el moralista irónico, muestran la alta perfección y madurez de un oficio narrativo que le per-

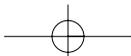
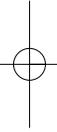
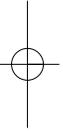
mite colgar el sombrero de cualquier percha o en la faz de un mito, penúltimo vestigio de una era dorada de la novela, diestro en fragilidades y sabidurías. En un comentario sobre las novelas de Ferdinand Mount, el crítico D. J. Taylor subraya que el éxito de novelistas como Swift, McEWan, Ishiguro o Salman Rushdie significa de uno u otro modo que en los últimos veinte años un cierto modo de entender la novela le ha ganado la partida a otro muy distinto. El estilo perdedor es la novela del declive inglés, entre melancólica y humorística, un estilo de irónicas miradas hacia el pasado, el tipo de novela —o secuencia de novelas— que Anthony Powell escribía, como todavía las escriben A. N. Wilson o Ferdinand Mount. No es casual que los tres, aún siendo traducidos al español, hayan tenido escasa resonancia, como por motivos equiparables podría decirse que no la ha tenido Robertson Davies.

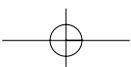
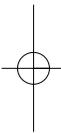
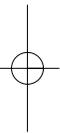
En *Asesinatos y ánimas en pena*, el periodista Connor Gilmartin, reducido por su mujer a la condición de fantasma, va a ver de nuevo su historia personal y la de toda su familia, suma de la experiencia ancestral contada con elementos convencionales de saga como un juego simbólico de ligerezas y densidades, especie de *feedback* de lo azaroso que se representa como destino y que muestra el pasado como una obra de arte. Insertas en su árbol genealógico, las individualidades pierden el derecho a la venganza personal, aunque tengan la impunidad de un fantasma. Davies dice que así es la historia de la civilización —construcción, destrucción, construcción, siglo tras siglo—, no porque avance a empujones, sino porque nunca se detiene, incluso cuando está aparentemente destruida. Algo así es lo que, ya de fantasma, Gilmartin entiende pronto: son asuntos que requieren el temperamento de Shakespeare, una perfecta credulidad en todo, mantenida en guardia por un vivaz escepticismo ante todo.

VALENTÍ PUIG



El quinto en discordia

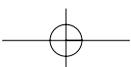
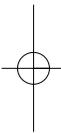
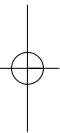




El quinto en discordia. (Definición).

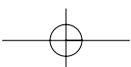
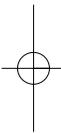
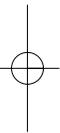
Dícese de aquellos personajes que sin ser el héroe o la heroína, pero tampoco el confidente o el villano, son igualmente importantes para el desenlace de la trama. Dicha denominación comenzó a utilizarse en las antiguas compañías de teatro y de ópera para referirse al actor que encarnaba estos personajes.

Tho. Overskou, *Den Danske Skueplads*.



PRIMERA PARTE

La señora Dempster



1

Mi relación con la señora Dempster, que duraría toda la vida, empezó exactamente a las 5:58 de la tarde del 27 de diciembre de 1908, momento en el cual yo contaba diez años y siete meses de edad.

Puedo citar la hora con absoluta certeza porque aquella tarde había estado montando en trineo con mi amigo y enemigo de toda la vida, Percy Boyd Staunton, y nos habíamos peleado porque su nuevo trineo, que le habían regalado en Navidad, no era tan rápido como el mío, ya viejo. Nunca nevaba demasiado en nuestra esquina del mundo, pero aquella Navidad había nevado tanto que las briznas más altas de la hierba seca de los campos habían quedado prácticamente cubiertas. En tales circunstancias, su trineo, con altos patines y un estúpido dispositivo para manejar la dirección, resultaba torpe y propenso a engancharse; en cambio, mi viejo y bajo trasto casi habría podido deslizarse por la hierba sin nieve alguna.

La tarde había resultado humillante para él; y cuando Percy se sentía humillado, se mostraba vengativo. Sus padres eran ricos; su ropa era elegante, y sus mitones eran de piel y procedían de una tienda de la ciudad, mientras que los míos habían sido tejidos por mi madre; en consecuencia, era manifiestamente incorrecto que su magnífico trineo resultara más lento que el mío y, ante semejante injusticia, Percy se puso de mal humor. Despreció mi trineo, se mofó de mis mitones y al final se atrevió a decir que su padre era mejor que el mío. En lugar de golpearlo, acto que podría

8 ROBERTSON DAVIES

haber desencadenado una pelea que terminara en empate o incluso en una derrota para mí, le dije que me marchaba a casa y que se podía quedar con todo el campo. Fue hábil por mi parte, porque sabía que llegaba tarde a cenar, y una de las normas familiares era que nadie, en ninguna circunstancia, podía llegar tarde a una comida. De modo que cumplí la norma familiar y, de paso, dejé plantado a Percy.

En el camino de regreso al pueblo, Percy me siguió y empezó a insultarme. Como yo seguí caminando, él intentó provocarme y me dijo que me tambaleaba como una vaca vieja, que mi gorro de lana era lo más absurdo que había visto en su vida, que mi espalda era enorme y temblaba al andar, y otras cosas por el estilo, porque su imaginación resultaba más bien escasa. No dije nada, porque sabía que mi silencio lo molestaba más que cualquier réplica, y que cada vez que me gritaba quedaba en entredicho.

Nuestro pueblo era tan pequeño que se estaba en él de repente; carecía de esa dignidad que otorgan unas afueras. Tomé nuestra calle acelerando el paso porque acababa de mirar de forma ostentosa mi nuevo reloj de Navidad de un dólar —Percy tenía reloj, pero no lo llevaba porque era demasiado bueno—, y había observado que eran las 5:57. Sólo tenía tiempo de entrar, lavarme las manos del modo ruidoso y chapoteante que parecía gustarles a mis padres, y estar en mi silla a las seis, con la cabeza inclinada durante la bendición de la mesa. Para entonces, Percy estaba fuera de sí y yo sabía que le había estropeado la cena y, probablemente, el resto del día. Y entonces sucedió lo imprevisto.

Por delante de mí, calle arriba, paseaban el reverendo Amasa Dempster y su esposa. Él la llevaba cogida del brazo y estaba inclinado sobre ella, con su típica actitud protectora. Yo estaba familiarizado con la escena porque siempre salían a pasear a aquella hora, tras el anochecer y cuando casi todo el mundo estaba cenando; lo hacían así porque la señora Dempster iba a tener un niño, y en nuestro pueblo no era habitual que las mujeres embarazadas se mostraran descaradamente en la calle si tenían una posición que cuidar; por supuesto, la esposa de un sacerdote baptista tenía una posición.

Percy me había estado arrojando bolas de nieve y yo las había esquivado todas. Poseía una especie de intuición infantil y sabía cuándo se aproximaban; además, conocía bien a Percy y sabía que intentaría alcanzarme entre los hombros con una última e insultante bola antes de que consiguiera entrar en mi casa. Por eso, avancé con pasos enérgicos, sin correr, pero sin parsimonia, y adelanté a los Dempster justo cuando Percy lanzó. La bola de nieve golpeó a la señora Dempster en la parte trasera de la cabeza. Ella gritó y, aferrándose a su marido, cayó al suelo. Seguramente, él podría haberla sostenido si no se hubiera girado de repente para ver quién había arrojado la bola.

Yo tenía intención de entrar a toda prisa en nuestra casa, pero me quedé helado al oír el grito de la señora Dempster. Era la primera vez que oía gritar de dolor a un adulto, y el sonido me pareció terrible. Tras caer, rompió a llorar y súbitamente se encontró allí, en el suelo, con su marido arrodillado a su lado, abrazándola y susurrándole palabras cariñosas que me parecieron embarazosas y extrañas; hasta aquel momento, nunca había oído a ninguna pareja casada, ni a ninguna otra persona, pronunciar abiertamente palabras de amor. Yo supe que estaba contemplando una «escena», y mis padres siempre me habían advertido contra las escenas, porque las consideraban una grave transgresión del decoro, así que me quedé boquiabierto. Entonces, el señor Dempster se fijó en mí.

—Dunny —dijo—, préstame tu trineo para llevar a mi esposa a casa.

Yo ni siquiera sabía que conociera mi nombre. Me sentía arrepentido y culpable, porque sabía que la bola de nieve iba dirigida a mí, pero los Dempster no parecieron darle ninguna importancia. Él puso a su esposa en mi trineo, lo cual no fue difícil, porque era una mujer pequeña, y mientras yo tiraba en dirección a su casa, él comenzó a caminar a su lado, inclinándose con dificultad y pronunciando dulces palabras de apoyo y ánimo, porque seguía llorando, como una niña.

Su casa no estaba lejos; en realidad, se encontraba a la vuelta de la esquina. Pero cuando llegamos, y el señor Dempster llevó a su

10 ROBERTSON DAVIES

esposa al interior, dejándome fuera, ya pasaban varios minutos de las seis, y yo llegaba tarde a cenar. A pesar de ello, corrí a casa, deteniéndome sólo un momento en el lugar del accidente, me lavé las manos, me senté a la mesa en mi sitio habitual y me excusé mirando directamente a los ojos severamente interrogativos de mi madre. Le conferí al relato un sesgo ligeramente histórico, enfatizando de forma firme pero no absurda mi papel de buen samaritano, y evité cualquier información o conjetura sobre la procedencia de la bola de nieve. Por suerte para mí, mi madre no incidió en aquel detalle; estaba mucho más interesada por la señora Dempster, y cuando concluyó la cena y ya había lavado los platos, le dijo a mi padre que iba a casa de los Dempster por si podía ser de alguna ayuda.

Fue una decisión extraña por parte de mi madre, porque, por supuesto, nosotros éramos presbiterianos, y la señora Dempster era la esposa de un párroco baptista. En nuestro pueblo no había conflictos por las creencias religiosas, pero se daba por sentado que cada cual se ocupaba de sus propios asuntos, a menos que surgiera un problema especialmente grave, en cuyo caso se podía pedir ayuda externa.

Sin embargo, mi madre era especialista, de una forma modesta, en cuestiones relacionadas con el embarazo y el parto. En cierta ocasión, el doctor McCausland le había dedicado el gran cumplido de afirmar que «la señora Ramsay tiene la cabeza sobre los hombros», y ella siempre estaba dispuesta a poner su sensatez al servicio de cualquiera que la necesitara. Además, sentía una gran debilidad, que nunca mostraba de forma obvia, por la pobre y tonta señora Dempster, quien todavía no había cumplido los veintinueve años y era totalmente inadecuada para ser la esposa de un pastor.

De modo que ella se marchó y yo me puse a leer la edición de Navidad del *Boy's Own Paper*, mientras mi padre leía algo que parecía pesado y tenía pocas ilustraciones, y Willie, mi hermano mayor, leía *The Cruise of the Cachalot*. Todos estuvimos sentados alrededor del brasero, con los pies apoyados en la barra de níquel, hasta las ocho y media, cuando a los niños nos enviaron a la

cama. Siempre he tardado en conciliar el sueño, y permanecí despierto hasta que el reloj del piso inferior dio las nueve y media; poco después, oí que mi madre regresaba.

En nuestra casa había una estufa cuyo tiro, que iba del salón al pasillo del piso superior, era un excelente conductor del sonido. De modo que salí al corredor mientras Willie dormía como un lirón, acerqué la oreja al metal tanto como me lo permitió el calor, y oí que mi madre decía:

— Sólo he vuelto a recoger unas cuantas cosas. Es probable que me lleve toda la noche. Saca del baúl todos los pañales, y luego ve a buscar a Ruckle y dile que saque de la tienda un rollo de algodón grande, del mejor que tenga, y que lo lleve a casa de los Dempster. El médico ha dicho que lleve dos si no tiene ninguno grande.

— ¿Quieres decir que va a dar a luz?

— Sí; se ha adelantado. No me esperes despierto.

Por supuesto, él esperó despierto. Mi madre volvió a casa a las cuatro de la madrugada, y su voz me pareció serena cuando les oí hablar, pero poco después regresó a casa de los Dempster. Por qué, no lo sé. Yo también seguí despierto, sintiéndome culpable y extraño.

Así fue como Paul Dempster, con cuya reputación, indudablemente, estará usted familiarizado, aunque no lo conozca por ese nombre, nació prematuramente en la mañana del 28 de diciembre de 1908.